

La dirección de regiones devastadas en Gijón. Una arquitectura al servicio del régimen

Miriam Andrés Eguiburu

Correo electrónico: andres.miriam@yahoo.es

Institución: Universidad de Oviedo

Mesa: Memoria del pasado

En esta comunicación se trataría de introducir el tema de la reconstrucción y restauración arquitectónica llevada a cabo por el Régimen franquista en la España de posguerra, con su evidente carga política e ideológica. La investigación se centra principalmente en la figura de la Dirección General de Regiones Devastadas, creada por el gobierno para este fin en el caso concreto de la ciudad de Gijón.

A lo largo de los siglos hemos ido comprobando cómo el arte se manifiesta en relación al poder establecido de muy diferentes maneras, colaborando en su exaltación o como cómplice de revoluciones.

Esta característica se hace aún más notable cuando nos referimos a un régimen totalitario, que realiza un importante control sobre las artes, promoviéndolas o censurándolas según sus intereses.

En el momento en el que el gobierno franquista toma las riendas del Estado y comienza la asunción de poderes en la persona del general Franco, una de las primeras preocupaciones que muestra es la manera de hacerse con su control, creando para ello organismos que aseguren que estas manifestaciones serán favorables al Régimen y representen el ideal de la Nueva España que se estaba gestando.

Tras una terrible guerra fratricida como la acaecida en nuestro país, que dejó a su paso una multitud de personas sin hogar y de ciudades mutiladas, la primera de las medidas necesarias sería llevar a cabo la reconstrucción de un territorio en ruinas, circunstancia que, por otra parte, facilitaría la tarea de crear un nuevo paisaje arquitectónico, adecuado a la idea de nación según los ideales de los sublevados, y que, por otra parte, contribuiría a la legitimación de un gobierno carente de ideología.

De esta manera nace el 30 de Enero de 1938 el Servicio de Regiones Devastadas y Reparaciones, futura Dirección General de Regiones Devastadas, que se encargará de controlar todas las actuaciones restauradoras o rectoras que se lleven a cabo sobre bienes dañados por efecto de la guerra y que prohibirá expresamente cualquier obra llevada a cabo sin su autorización. Al año siguiente se publicará el Decreto de adopción por parte del Caudillo de las localidades más afectadas por la guerra, que no pueden hacer frente por sí mismas a su reconstrucción, encargándose la Dirección General de Regiones Devastadas de las más variadas actividades: traídas de aguas y saneamientos, nuevos edificios para la administración, etc.

Uno de los de los principales fines de la Dirección General de Regiones Devastadas será el propagandístico, mostrar la capacidad constructora del nuevo poder. Se tratará de presentar la guerra como un sufrimiento necesario a través del cual se ha podido restaurar la grandeza de la patria, contraponiendo la destrucción realizada por las "hordas rojas" con el "Caudillo de la Reconstrucción" que levanta de los escombros obras imperiales.

Este mecanismo de propaganda contará como principales recursos con: la revista "Reconstrucción", órgano oficial de la Dirección, que resulta una fuente imprescindible para, por un lado, conocer la labor de Regiones y por otro constatar la instrumentalización a la que será sometida la arquitectura, y con las exposiciones itinerantes de las que ésta se hará eco, que

recorrerán las principales ciudades mostrando planos y maquetas de la obra realizada, acompañadas de discursos y personalidades.

En su compleja organización, a la manera de una empresa privada, el mapa del país estará dividido en siete Comisiones de zona, correspondiéndole a Asturias la primera, con capitalidad en Oviedo. La labor de Regiones se concentró en esta última ciudad, ya que Oviedo, “ciudad mártir”, realizará un importante papel de resistencia durante la contienda a favor de los nacionales y resultaba un enclave fundamental para su política propagandística.

Frente a ella se sitúa Gijón, republicana, último reducto del frente Norte, objeto de nuestro trabajo, en la que se realizan una treintena de intervenciones en edificios de carácter educativo, religioso, civil y urbanístico. La ciudad supone un caso único, pues se encuentra al final de la guerra con sus tres iglesias parroquiales reducidas a escombros.

De la misma forma, edificios civiles, pequeñas iglesias y numerosas casas se encontraban en estado ruinoso y fueron objeto de la intervención de Regiones Devastadas. Entre todas estas empresas, dejando a un lado la iglesia parroquial de San Pedro, emblema de la ciudad, la arquitectura más reclamada por el Régimen será el Glorioso Cuartel de Simancas, donde se desarrolló la gesta que, presumiblemente, permitió a los nacionales hacerse con el poder de todo el Norte peninsular y que se equiparará, en su momento, a la acaecida en el Alcázar de Toledo. Su destrucción, a manos de los republicanos, ocupará páginas de periódicos como denuncia y, al modo de las más célebres ruinas del territorio español, será escenario de misas en honor de los caídos. Su restauración, será difundida por los medios y supondrá un permanente recuerdo en la retina de los ciudadanos de la hazaña nacional allí desarrollada.

Gijón sufre una transformación tangible en sus monumentos, en la memoria histórica de todos aquellos que conocieron el antes y el después de la guerra y que tuvieron que asimilarla tal como les fue impuesta y en todos aquellos que no la conocimos en su origen y que aceptamos como “auténticos” edificios que no los son y que nadie nos ha explicado cómo y por qué fueron manipulados.

La búsqueda de una Arquitectura Nacional, espejo de la “España Grande, Una y Libre” también se llevará a cabo en la villa con todo su esplendor y todas sus contradicciones. Se trataba de conseguir un paisaje homogéneo que contribuyera a crear la idea de España como un todo a través del auténtico carácter español, basado en su rica tradición y su esplendoroso pasado imperial, que en estos momentos se estaba nuevamente consolidando.

Así, a través de los monumentos intervenidos, podremos comprobar la presencia de los historicismos, del lenguaje imperial, pero también el recuerdo del racionalismo y las dificultades del Régimen para lograr sus objetivos, unos ideales de sencilla teorización, pero difíciles de llevar a la práctica en un momento de confusión, aislamiento y necesidades económicas.

Sin embargo, a pesar del fracaso en la búsqueda de este Estilo Nacional, lo cierto es que se configuraron nuevos paisajes y nuevas ciudades, que respondieron a unos ideales concretos y que hoy debemos valorar de una manera objetiva y conociendo las circunstancias en que fueron intervenidos.